

FRANCIA va a celebrar unas elecciones generales legislativas en el mes de marzo de 1978. Las profecías venían acentuando una imagen de esas elecciones en el último año: un triunfo de la unión de las izquierdas. De pronto, parece comprometido. Los dos grandes partidos de la izquierda, el socialista y el comunista, se enfrentan en una larga discusión sobre los términos de renovación y actualización del programa común. La polémica se hace dura, áspera. Los dos dirigentes, el comunista Marchais y el socialista Mitterrand, se dirigen reproches públicos. ¿En qué están en desacuerdo los dos, los tres partidos que forman esta alianza que nunca ha pasado de ser electoral? Según Marchais, el número de puntos de desacuerdo entre los partidos de la unión de las izquierdas sería "por lo menos, setenta". Una reunión "en la cumbre" estalló la semana pasada, un portazo de los radicales, la unidad perdida, mientras la opinión pública de izquierdas siente ya la coñez de la desesperación eterna.

Un poco de historia: el programa común de la izquierda fue presentado el 27 de junio de 1972. Días más tarde, el 12 de julio, se adherían los radicales de izquierda, disidentes del partido que estaba en manos de Servan-Schreiber. El "programa común" se había conseguido merced al esfuerzo de Marchais y del Partido Comunista para salir de su viejo aislamiento, y de una enemistad antigua con el Partido Socialista.

Volvamos más atrás aún. A partir de 1920 la enemistad entre socialistas y comunistas en Francia era belicosa. Divididos ya en las vísperas de la primera guerra mundial —la esencial de tema: los comunistas proclamaban la abstención de las clases trabajadoras de la guerra, los socialistas consideraban finalmente que debían participar en los "gobiernos de guerra"—, la revolución rusa de 1917 había convertido en profundos enemigos a los hijos de Marx, evolucionistas profundos unos, revolucionarios los otros. La enemistad iba a durar hasta 1934. El 6 de febrero, las ligas de la extrema derecha lanzaron una manifestación para asaltar la Asamblea Nacional, acabar con el régimen parlamentario e implantar una especie de fascismo, y las izquierdas reaccionaron ante el riesgo. Se unieron sobre un valor de carácter negativo: el antifascismo, y al que dieron el tono positivo de "defensa de la República". Seis días después de la fallida marcha fascista, el Partido Socialista (SFIO) y su sindicato paralelo, la CGT, organizaron una manifestación antifascista a la que se unieron el Partido Comunista y su sindicato, la CGTU. El 5 de marzo se fundó un Comité de Vigilancia de Intelectuales antifascistas: los mismos tres partidos que están ahora en la unión de izquierdas, el socialista,



La "reunión en la cumbre" de los tres partidos de la izquierda francesa no podía ser más que una consagración de los desacuerdos, de la voluntad de deshacer. (Los socialistas, en el centro de la mesa, flanqueados por comunistas, derecha, y radicales, de la izquierda.)

EL SUICIDIO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

EDUARDO HARO TECLEN

el comunista y el radical, lo encabezaron, y el 27 de julio consiguieron un "pacto de unidad de acción". Se trató de ampliarlo a otros partidos y otro grupos. La tesis de la Unidad de Acción, principalmente la de los comunistas, consistía en que había que ampliar el antifascismo hacia las clases medias. La ampliación por la vía sindical fue un éxito: en septiembre de 1935 se decidió la reunificación sindical, que celebró su primer congreso en marzo de 1936: los sindicatos de la izquierda tenían en esa fecha un millón de afiliados, y en agosto la CGT reunificada contaba con más de cinco millones.

De la Unidad de Acción se pasó al Frente Popular. El Frente Popular apareció primero como una alianza meramente electoral para las legislativas de 1936. El pacto consistía en que cada uno de los partidos comprometidos —comunista, socialista, unión socialista republicana, radical— se presentaría aisladamente en el primer turno, pero se retiraría en el segundo para fortalecer con sus votos a un solo candidato de la izquierda, el que hubiese resultado mejor situado en el primer turno. Más adelante, esta coalición electoral formaría un embrión de plataforma común al llegar a un acuerdo general: defensa de las libertades, restauración del poder

adquisitivo de los asalariados, abandono de la política de deflación de Pierre Laval, nacionalización de industrias de guerra, transformación de la Banca de Francia, mantenimiento de la paz dentro de la Sociedad de Naciones, gestión para el desarme mundial... Con la alianza y el programa, el Frente Popular saldría triunfador de las elecciones. Gobernó los años 1936, 1937 y un breve período de 1938. Realizó parte del programa común. Pero las presiones nacionales e internacionales fueron muy fuertes. Se fue deteriorando, y se fueron también deteriorando los lazos de unidad entre socialistas y comunistas.

Se reanudaron brevemente durante la guerra. Los comunistas aparecieron en los Gobiernos provisionales del general De Gaulle: pero pronto se les echó encima la guerra fría y el anticomunismo emanado de los Estados Unidos. El anticomunismo, la "caza de brujas", se fue concretando como algo más que una amenaza, que no sólo atacaba a los comunistas, sino a los "filocomunistas", a los "compañeros de viaje": en resumen, a todas las izquierdas. Los socialistas, para salvarse de esta situación, por auténtico temor a la URSS, por alinearse con los Estados Unidos, se lanzaron bruscamente al conservadurismo más absurdo, mientras los comunistas,

metidos en un "ghetto" político, desarrollaban una mentalidad semiclandestina y cerrada. El Partido Socialista Francés iría perdiendo en esta aventura votos y afiliados: no volvería a encontrarlos hasta que Mitterrand se hizo cargo del partido en decadencia y le infundió un nuevo espíritu y una especie de gerencia activa que le devolvió su vieja naturaleza de gran partido.

Para los comunistas, el acuerdo del 27 de junio de 1972 suponía salir del cerco, romper el aislamiento. Habían trabajado mucho para conseguirlo. Y habían también comenzado a reformar los propios objetivos de su partido. Ya estaba ahí el embrión de lo que se llama hoy eurocomunismo. Por eso a partir del acuerdo del 27 de junio, mientras los socialistas aún eran reticentes a ciertas formas de unión y exigían "pruebas" de que el PCF se separaba de ciertas prácticas soviéticas, y especialmente tomaba sus distancias con respecto a la acción soviética en Praga (1968), el PCF multiplicaba sus deseos de colaboración. Aún tuvo que ver con inquietud cómo los socialistas formaban una "Unión de la izquierda socialista y democrática" (con los radicales y algunas personalidades aisladas) a la que no eran invitados, y cómo celebraban una "Conferencia Nacional sobre Checoslo-

vaquia", donde el comunismo en general no salía bien parado. Pero el 1 de diciembre de 1972 se presentaba por fin al público el primer mitin de la izquierda unida, en la Puerta de Versalles, y los oradores eran Mitterrand, Marchais y el radical Fabre. El éxito popular fue inmenso: la base apoyaba con tal fuerza el programa común, que los dirigentes estaban ya condenados a seguirlo adelante. Marchais, que no era más que interino en la secretaría general del partido, era proclamado titular en el XX Congreso del PCF, celebrado del 13 al 17 de diciembre. Y los sondeos de opinión pública mostraban ya un fuerte progreso de la izquierda. Los socialistas vieron cómo su alianza coyuntural con el PCF les había favorecido: aumentaban sus simpatizantes y sus militantes. En las elecciones presidenciales del 19 de mayo de 1974 se vería cuál era la fuerza de la izquierda, y cuál el predominio del Partido Socialista: el derechista Giscard, obtendría el 50,81 por 100 de los votos, mientras que el socialista Mitterrand, candidato de la izquierda unida, alcanzaba el 49,19 por 100. Des-

cierta desconfianza se puede hacer otro tipo de cálculos:

1. Los socialistas no desean realmente continuar en alianza con los comunistas. Temen las amenazas clásicas contra un Gobierno de "frente popular" (aunque el término se rehuya continuamente), desde la de la resistencia pasiva de los capitales y su fuga al exterior hasta la del golpe de Estado, pasando por un cerco económico de los Estados Unidos. No es lo mismo aliarse con los comunistas para recuperar una imagen de izquierdas que gobernar con ellos. Los socialistas tendrían la tentación de llegar al poder con una tolerancia de la derecha, lo cual haría más fácil la posibilidad de un Gobierno de izquierdas con un Presidente de derechas (Giscard) dentro de un régimen presidencialista.

2. Los comunistas no quieren de ninguna manera llegar al poder. Temen las mismas amenazas que los socialistas, incluido el golpe de Estado y el cerco económico. Temen el deterioro de su propia imagen: una cosa es aparecer como un partido eurocomunista, con la tendencia moderada que se

Soares en Portugal, no pretendería otra cosa que un Gobierno de centro asimilado a las socialdemocracias de Alemania Federal o al laborismo británico. Los socialistas a su vez acusan a los comunistas de que no son realmente demócratas: Mitterrand ha expresado claramente sus dudas de que el eurocomunismo no sea otra cosa que una maniobra de diversión autorizada por Moscú —en lo que coincide con la extrema derecha mundial—, y muestra que difícilmente un partido puede ser democrático para el país si no lo es en su propia estructura interna. Los comunistas serían unos oportunistas: serían, en fin, los de siempre.

Estos términos, que son el aspecto exterior de la polémica, se reflejan en algunos de sus aspectos más concretos. No es fácil resumir aquí todos los puntos de discordia, pero se puede poner algún ejemplo. Como el de el armamento nuclear.

Los comunistas, que han aparecido siempre negativos para el rearme nuclear francés, se manifiestan ahora decididos a sostenerlo. La "force de frappe", el arma de "disuasión" del general

ven aquí algo que está en contra de sus principios: un neutralismo. Los socialistas no aceptaban los puntos de vista del general De Gaulle y preferían una Francia integrada en la Alianza Atlántica: los gastos del armamento atómico se verían disminuidos, y Francia estaría de todas formas integrada en el mundo de Occidente. No podría dejar de estarlo. Con la defensa "frente a todos", sería necesario abandonar definitivamente la Alianza Atlántica —como ya lo inició De Gaulle—, y comenzar a perder su situación dentro de las instituciones europeas. El SFIO es occidentalista, es europeísta...

En esta polémica, el PCF asume algunos de los principales puntos de vista del nacionalismo francés, lo cual no le perjudica en nada; y reafirma ante su base una posición neutralista, de separación de la esfera de los Estados Unidos, lo cual le sitúa dentro de una izquierda clásica que estaba acusado de abandonar. Y con la dureza del ataque a Mitterrand, trata de poner a éste en dificultades con su propia ala izquierda. Pero Mitterrand, a su vez, recibe el apoyo de los occidentalistas y de los europeístas, que son muchos en Francia. Si Marchais consiguiera dificultar la posición de Mitterrand dentro de su propio partido, habría variado la relación de fuerzas, ahora favorable a Mitterrand, dentro de la Unión de izquierdas. Y si el resultado electoral fuera adverso a la izquierda —y comienza a poder serlo, como consecuencia de la polémica—, el PCF podría acusar a los socialistas de la derrota por su debilidad, por su *soarismo*: por su derechismo.

La "reunión en la cumbre" de los tres partidos de la izquierda francesa no podía ser más que una consagración de los desacuerdos, de la voluntad de deshacer. Que se haya roto por el desplante, por la espantada de Fabre (partido radical) es apenas algo más que un incidente: la exasperación del partido pequeño ante lo que ha considerado la intransigencia de los grandes. Pero les ha permitido saltar rápidamente sobre un rol de inocentes y apoderarse de él. Marchais ha podido decir, después de la salida de los radicales, que éstos se han ido cuando todo iba un poco mejor, cuando de unos cuarenta puntos de discordia se habían puesto de acuerdo en una treintena... No sin dedicar una última flecha a los socialistas: "Si los socialistas hubieran decidido continuar los trabajos de actualización, los radicales hubieran retirado su decisión. Estamos disponibles para continuar las negociaciones".

Más grave es sin duda la acusación contra los comunistas que emana de sectores de opinión manipulados en principio por los socialistas, y rápidamente acogidos: la sospecha vaga e indefinida de que, a pesar de todas sus declaraciones, de toda su postura eurocomunista, el PCF esté "haciendo el juego de Moscú". Vieja y querida frase que reinó en la guerra fría, que pareció disolverse después y que aprovecha esta ruptura para



"No es lo mismo aliarse con los comunistas para recuperar una imagen de izquierdas que gobernar con ellos." (Mitterrand, durante su conferencia de prensa en la sede parisiense del PS.)

de entonces podía ya profetizarse que en las elecciones legislativas de 1978 la izquierda podría ganar. Todo el tiempo transcurrido desde entonces no ha hecho más que confirmarlo.

Pero ahora hay "setenta puntos de desacuerdo" por lo menos. Y una polémica pública que está dañando la imagen de quienes deberían presentarse unidos. ¿Se trata realmente de verdaderos desacuerdos? ¿Han existido siempre, se han desatado ahora? Con una

conoce, y otra es gobernar sin poder satisfacer las demandas de las clases trabajadoras, ya que en ningún caso podrían romper las estructuras actuales del país.

Sobre estas dos hipótesis parecen cuadrar bien las acusaciones mutuas que se hacen los dos partidos. El partido Comunista viene a acusar a los socialistas de lo que sería su propia incapacidad: no intentar la "ruptura" de las estructuras francesas. Mitterrand no iría más allá de lo que ha ido

De Gaulle, aparece ahora en el programa comunista con toda su fuerza. No sólo habría que mantener todo lo que De Gaulle inició, sino reforzarlo. Y una frase del general lo preside todo: la defensa "tous azimuts": es decir, frente a todos los puntos del globo, y no sólo contra la Unión Soviética, enemigo designado por la OTAN. Francia podría alzar su arma atómica de disuasión, que sería suficiente para mantenerla al margen de una guerra. Pero los socialistas

La Capilla siXtina

EL PACTO DE ARGÜELLES

ENCARNA ha vuelto cansada de unas largas vacaciones de más de dos meses.

—Estaba Europa que no se podía dar un paso. Y en cuanto se enteraban que una era española, venga felicitarla a una por lo bien que llevamos el proceso democrático.

—¿Y tú, qué hacías?

—Aplicaba un método gradual de educación política. Primero trataba de razonarles que en España sólo asistimos al intento capitalista de perder lo menos posible, con la complicidad de la izquierda establecida, al conformarse con las propinas. Si fracasaba esta explicación diáfana, entonces endurecía yo la cosa y empezaba a sacar los muertos que está costando esta coña marinera constituyente y lo negro que sigue el asunto en el País Vasco y en la cosa social. Y si los tíos seguían felicitándome por lo bien que realizamos el proceso democrático, pues entonces, vamos, ya era vicio y me cagaba en la madre que les parió. Así por las buenas.

—¿Qué hacían ellos entonces?

—Me llamaban fascista de izquierdas.

—¿Y tú?

—Aplicaba el examen de la correlación de fuerzas. Si con una patada en la espinilla tenía garantizado el fuera de combate del interlocutor, patada en la espinilla. Si no, pues hacía como que me iba, y cuando estaba descuidado, le daba con el "overpacking".

—¿Qué es eso?

—Un bolso enorme que llevo con las cosas que voy a necesitar durante el día.

—¿Cuántos muertos has causado?

—No lo sé. Nunca he vuelto al escenario del crimen. Es que no se podía aguantar. Porque no se limitaban a preguntarme por el milagro de la democratización, sino que además me obligaban a elegir entre Suárez y González. ¿Quién cree usted que es más guapo? ¿Oye, don Sixto?

—¿Tú a quién elegías?

—A King Kong.

—Pues ya ves, Encarna. Toda esa curiosidad ingenua, y en cierta manera ignorante, es positiva, se convierte en un estímulo progresivo en la evolución general de la política española.

—Ya me temía que usted lo viera así. Un día de éstos le van a poner a usted la Gran Cruz de Isabel la Católica por los servicios prestados a la consolidación de la ideología dominante. Porque lo que tíos como usted están haciendo es prestar ideología de consolidación a los estrategas del salvase quien pueda franquista.

—Encarna. Siéntate y escucha. He pensado mucho sobre nuestras relaciones y he decidido iniciar el próximo curso sin factores perturbadores de la calma de espíritu que necesita un hombre que ya no es joven y ha agotado su corazón y su cerebro en una larga lucha por la democracia. Por lo tanto, he decidido que nunca más hablemos de política. Ahí tienes una lista de temas que podemos abordar. Va desde la gastronomía a los males que pueden derivarse del empleo de colorantes en los helados.

—Lo que usted me propone es un pacto.

—Bueno. Llámalo como quieras.

—Tengo derecho a presentar una contrapropuesta.

—En efecto.

—Y, finalmente, a lo mejor hemos de recurrir a un arbitraje.

—Concedido.

—Don Sixto, me da usted lástima. Ni para tomarse unas copas a gusto conmigo puede prescindir de las Misas Concelebradas. ■

SIXTO CAMARA

EL SUICIDIO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

abrir su nuevo camino. La idea tiene tanta importancia que "Le Monde" le dedica un editorial: "El PCF y el internacionalismo proletario", que comienza con una pregunta que tiene ya todo el carácter de la duda: "El Partido Comunista Francés, ¿es totalmente independiente del movimiento comunista internacional, cuyo centro sigue siendo Moscú?". Quizá lo más astuto de la frase no está en lo que pregunta, sino en lo que afirma: que existe un movimiento comunista internacional —la realidad es que no quedan más que algunos residuos mecánicos, algunos harapos de lo que fue un día la gran túnica roja— y que el cen-



Georges Marchais.

tro sigue residiendo en Moscú, lo cual es más que dudoso. A menos que se acepte "a priori" la tesis de la gran derecha: que el eurocomunismo es un disfraz de conveniencia y de oportunidad de lo que siempre ha sido lo mismo. Lo cual es a todas luces un error. El arranque de esa sospecha, además de su utilísima explotación política, es la de que no se concibe la actitud comunista, desde una óptica unitaria de la izquierda, sin una voluntad de no llegar al poder; y esa voluntad de no gobernar podría ser mayor que la indicada más arriba del miedo a la nueva situación: un interés de Moscú. El desarrollo de la nueva doctrina, tal como lo expresa "Le Monde", sería que "una tal victoria (la de la izquierda unida) parece, por otra parte, causar cada vez más problemas a Moscú y a algunos de sus aliados, que pueden ser sensibles al efecto de "contagio" de regímenes occidentales que conciliarían la presencia comunista en el poder y el pluralismo de los partidos y de la prensa". Nótese de todas formas una contradicción flagrante entre las dos tesis de la derecha. Tesis a: Moscú fingiría una querrela contra el eurocomunismo para favorecer la llegada de éste al poder; tesis b: Moscú no

querría la llegada del eurocomunismo al poder por evitar el contagio en los países del Pacto de Varsovia.

El problema actual: ¿se ha roto o no la unidad de la izquierda? Cada uno de los dirigentes, incluyendo al irritado radical Fabre, mantienen que no hay una ruptura real. Y que todo volverá a sus cauces. Mitterrand pide "esperanza, calma y solidez". Marchais está dispuesto a acudir de nuevo a cualquier convocatoria. Fabre dice que lo que se ha abierto es un período de reflexión: ninguno de ellos quiere defraudar a su base y a la base general de la izquierda. Nadie quiere asumir la responsabilidad. Pero es posible creer que el tema es irreparable, y que si existe de verdad una voluntad de no acceder al poder por medio de la unión (con la excepción de los radicales de izquierda, que no podrían tener otro objetivo, y que no pueden llegar nunca a gobernar si no es con esta o con otra alianza), nada va a ser posible ya.

Todo lo cual produce jolgorio y satisfacción en la derecha. El hecho de que a la mañana siguiente del portazo en la "cumbre" la Bolsa de París haya subido un 3,5 por 100 indica que no sólo las grandes empresas, sino el pequeño ahorro, han comenzado a ver disiparse los fantasmas de una izquierda de carácter nacionalizante, y ha comenzado también a decrecer el miedo de que por la existencia de esa izquierda la derecha pudiera tener grandes tentaciones "desestabilizadoras", desde las tan conocidas de la evasión de capitales y la huelga de inversiones hasta la del golpe de Estado.

El suicidio de la izquierda francesa aparece otra vez como un nuevo triunfo de Pinochet, entendiéndolo a Pinochet como un símbolo erigido por las manos de quienes pueden. La izquierda no quiere triunfar en Francia como en Chile: Mitterrand no tendrá que defender el Palais Matignon con un casco y una ametralladora como Allende intentó defender la Casa de la Moneda en Santiago de Chile.

Y el mismo día del suicidio de la izquierda, la mayoría —la derecha— lanzaba su manifiesto de unidad en París. Los cuatro grupos que forman el sector gubernamental del Parlamento explicaban su adhesión común a "principios esenciales", según decía el primer ministro, Raymond Barre, que subrayaba que "por el contrario, en el lado de la oposición, las divisiones que se abren son divisiones muy profundas, porque se refieren no solamente a medidas concretas, sino, a fin de cuentas, a dos conceptos diferentes de la sociedad". No importan demasiado los cuatro puntos determinantes del acuerdo de la mayoría —instituciones, derecho al trabajo, participación, plan...—, que a fin de cuentas no pasan de ser una retórica habitual: lo que importa es la voluntad de presentarse en un cierto bloque ante los electores y frente a la oposición. Se trata de una posibilidad de gobernar frente a una imposibilidad de gobernar. ■